

# LAS CARAS DEL PODER SON LA PASION DE A. GARCIA CALVO

**L**No somos pocos los que en 1.965, en pleno pronunciamiento estudiantil, cuando son expulsados de la Universidad, Tierno Galván, Aranguren y García Calvo, estábamos en mantillas. Pese a lo cual, sus nombres nos son familiares, y en nuestro crecer intelectual han estado presentes como símbolo de coherencia y libertad.

Pero aún falta una última causa: la, a mi juicio, abstracción de los temas que García Calvo ha tratado: el Tiempo, la Realidad, el Ser, etc. Es una crítica desde un pensamiento abstracto y a unos conceptos abstractos (con lo cual no quiero decir que no sean Reales).

El denuncia, según su carácter corrosivamente crítico (en él la crítica no es actitud sino esencia misma de su Ser), una situación de Poder y los falsos fundamentos que la sostienen. Pero para esto no se ampara en una doctrina. Se mantiene en la continua crítica, sin dar soluciones a nadie: pues no es Papa, Rey ni Ideólogo.

Sus ensayos conforman toda una Filosofía personal, coherente y perfectamente trabada, con la cual mostrarnos la estructura del Poder y las astucias de que se vale para subsistir, la arbitrariedad de las creencias científicas acerca de la Realidad, en que se basa tal Poder, pues "¿habrá que decir que no hay razones para creer? ¿para creer -se entiende- que las cosas son lo que son y que el Ser que sé es existe?"

Hasta aquí, en fin, un esbozo de Agustín García Calvo, una puesta en antecedentes para la lectura de antes de la entrevista. A la cual accedí sin ninguna renuncia.

P.—Vd. optó por el estudio de las lenguas clásicas, su métrica y su prosodia, y por el estudio del lenguaje mismo. ¿Esperaba encontrar en estos estudios la clave de algo? ¿De la sociedad o de la vida tal vez?

R.—No sé muy bien de dónde pudieran nacer las primeras pasiones que me llevaron, más que nada, al estudio del Lenguaje, de las Lenguas Antiguas y de la Filología: probablemente, como en todas las pasiones confluían ahí impulsos muy diversos y hasta contradictorios, uno de los cuales estaba desde luego ligado con la pasión, anterior en mí, por la producción poética y por el teatro. Ahora, dejando los orígenes, el caso es que bien puedo decir que la disciplina filológica, por un lado, me ha salvado tal vez de formas de vaguedad que inutilizan mucho del hablar y pensar de los hombres. Y por el otro lado, desde luego, el penetrar en la gramática de las lenguas y el lenguaje ha sido quizá la vía más clara que he encontrado para el entendimiento de las estructuras sociales y reales, es decir, para el descubrimiento de las falsedades que las sostienen.

P.—Los conceptos de tiempo, realidad, pueblo..., la utilización tendenciosa del lenguaje, etc., los ha criticado desde su raíz, en un intento de desmontar esta sociedad pieza a pieza. ¿No es ello una actitud positivista, con una desmedida confianza en la razón que es la que hace la crítica y sin embargo a su vez es criticada?

R.—En primer lugar, en esa actividad de descubrimiento o denuncia, intento siempre que quede bien claro que no se critica al lenguaje mismo (que no es de nadie y por eso es del pueblo) ni a la razón misma, sino a las ideas que son su producto, a veces, y la muerte del razonamiento: por el contrario, en la razón (en el lenguaje en cuanto acción) se pone una moderada confianza en el sentido de que piensa, que al mismo tiempo que servir para la construcción de la REALIDAD, sirve la razón también (y otras formas de producción lingüística como quizá la poesía misma) para la destrucción, descubrimiento, intento de hacer algo que no sea seguir haciendo lo que está hecho. Esto justamente me ha acercado también a los restos del libro de Heráclito que ahora estoy terminando de ordenar y editar críticamente y de interpretar; donde se dice lúcidamente (es un pensamiento pre-filosófico, precientífico) que *Logos*, la razón o el lenguaje, es algo común, y por lo tanto público, por más que sea condición que los hombres no se den cuenta de esa comunidad y deban creer que cada uno tiene una inteligencia particular y privada suya.

P.—Para oponerse a tal mundo, a la violencia que la sociedad por medio del estado y sus brazos fácticos ejerce sobre el pueblo, ¿cuáles son las armas, entendidas en un sentido amplio y metafórico, a utilizar?

R.—Tal vez hay muchas armas: por debajo de todas está una que no es de los pretendidos rebeldes sino del enemigo mismo, del sistema, y que es su posible imperfección. El hecho de que el ideal, el estado o el capital no esté sin embargo, perfectamente cerrado y condenado al éxito de modo que no se puede hacer más de lo que está hecho: esa posible imperfección del sistema coincide con la imperfección de mí mismo, con el hecho de que yo no sea tal vez un ente individual perfectamente cerrado y constituido, y que por tanto puede ser parte de eso indefinido y rebelde que se llama pueblo o gente; y es desde luego de esas posibles resquebrajaduras, resquicios de inseguridad o contradicción del sistema y de mí mismo, de donde pueden surgir todas las armas eficaces para la destrucción de la muerte y para el descubrimiento de la mentira. De esas armas algunas pueden estar más relacionadas con la acción de las

manos, y con las técnicas manuales de producción y destrucción: pero entre ellas está también la acción misma del lenguaje (razonamiento o canción o teatro o lo que sea) en cuanto capaz de volverse contra las ideas y descubrir el absurdo de la realidad; y ciertamente, como esta mañana decía, una de las cosas que más me importan es que no se siga creyendo que el lenguaje es un medio para llegar a conclusiones, según las cuáles actuar después, sino que se recuerde que es también, el lenguaje sin más, una actuación, que según de donde venga, podrá servir lo mismo para el engaño que para el desengaño, para el dominio que para la rebelión.

P.—Dejemos ahora tales temas, pues Vd. además de filósofo y lingüista, es poeta. Desde tal condición, ¿puede darnos su opinión sobre la poesía que en los últimos años se escribe en España, en relación con la situación presente también en España?

R.—Tengo que confesar lo primero, que soy muy ignorante de la poesía y la literatura y también la filosofía en general, que se publica y domina estos años, a pesar de que a veces me llegan libros de algunos poetas jóvenes u otros productores, y que hasta alguna vez me he dejado nombrar parte de un jurado de producciones poéticas, lo cual me ha obligado a leer algunos buenos centenares de ellas; pero sin embargo no puedo decir que conozca verdaderamente lo más importante de lo que se hace y sobre todo de lo que se promociona en las esferas culturales. Hay una especie de desgana inenunciable que me aparta de esos medios, en contradicción con el hecho de que por mi parte, alguna vez me lancé a la publicación, o a la recitación en teatros o ayudado por mis amigos más musicales, a la canción. Pero mi impresión general es que las formas de poesía, de literatura en general, de filosofía, que los poderes promocionan y patrocinan, están, en general, sea cual sea el aprecio que su habilidad técnica merezca, a veces, cargadas con mucho de obediencia a esa equivocación de que hablábamos: que el significado, el mensaje, lo que se dice se vuelve el único interés visible de la obra (entre lo que se dice ocupa un lugar primario, la expresión de la propia alma del poeta), haciendo que, por contra, se pierda aquella posibilidad que en el ritmo del lenguaje, en su sintaxis, en el cómo del decir, y no en el qué, se produjera algo que fuera revelador de la mentira de las ideas dominantes, y por tanto de la realidad misma, algo que pudiera ser un arma en el sentido que antes decíamos y no un producto cultural fácilmente asimilable. ●